

Manuel Moyano

El imperio de
Yegorov



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Folco Quillici / Fratelli Alinari

Primera edición: noviembre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Manuel Moyano, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9787-6

Depósito Legal: B. 21600-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

El día 3 de noviembre de 2014, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el 32.º Premio Herralde de la Novela a *Después del invierno*, de Guadalupe Nettel.

Resultó finalista *El imperio de Yegorov*, de Manuel Moyano.

A la memoria de Kenneth Graff

El arte existe porque somos conscientes de que algún día vamos a morir. ¿Seguiría creando si dejase de tener la certeza de mi propia muerte?

LEONARD SHUWARGE (1982-2041),
compositor y cantante norteamericano

NOTA PRELIMINAR

Los treinta y dos documentos que conforman el presente volumen fueron recopilados a lo largo de cinco años de exhaustiva investigación –no exenta de riesgos– en numerosos archivos públicos y privados tanto de Estados Unidos como de Japón. Para la mejor comprensión del conjunto han sido ordenados cronológicamente y se ha incorporado al final un índice onomástico. Actualmente, dichos documentos se encuentran depositados en la sede itinerante de la Plataforma Ciudadana Contra Yegorov.

Los editores

Primera parte (1967-1988)

Shigeru Igataki

1. DIARIO DEL ANTROPÓLOGO SHIGERU IGATAKI (1967)

16 de febrero

Por la mañana, tras cubrir en lancha el último tramo navegable del Mekeo, hemos emprendido nuestro trayecto a pie. Para describir este día me basta con un solo adjetivo: horroroso. La selva es tan impenetrable como hostil; los árboles nos rodean por todas partes y los gigantescos mosquitos no nos dejan ni un momento de respiro. Lo más destacable de la jornada ha sido que, después de comer, se nos ha cruzado en el camino una serpiente venenosa a la que aquí llaman augama. Shimazaki reaccionó con rapidez: antes de que nos diésemos cuenta ya le había cortado la cabeza de un machetazo; de hecho, le dio con tanto ímpetu que hundió el machete en el suelo hasta la empuñadura. Durante varios minutos nos quedamos como hipnotizados, viendo agitarse el cuerpo descabezado de la augama: un espectáculo fascinante, sin duda, aunque no lo bastante como para compensarnos de tanta penuria.

Ahora ya es de noche pero, pese al agotamiento, no consigo dormir: por eso he empezado a escribir este diario a la luz de mi linterna. Izumi me mira mientras lo hago.

Nos protege un techo de hojas de cocotero por cuyos resquicios puedo ver las estrellas. No son las mismas que se ven desde Osaka. Nada es lo mismo aquí.

17 de febrero

El primer blanco con que nos encontramos desde que dejamos atrás Veifa'a. Surgió de la selva a primera hora de la mañana, alertado de nuestra presencia por la hoguera en la que acabábamos de preparar café. Semidesnudo, sólo por el gran crucifijo que llevaba al cuello pude adivinar que era sacerdote de algún rito cristiano. Gran sorpresa: el profesor Oshima lo conocía ya de su anterior expedición. Resultó ser un misionero católico del Sacré-Cœur; no francés, como pensé en un principio, sino español. Se llama Ernest Cuballó y todavía no le he visto sonreír una sola vez. Parece que lleva veinte años en estas tierras y que las conoce como la palma de su mano; sus anotaciones sobre los mekeos y tribus vecinas —está escribiendo un libro al respecto— podrían sernos de gran ayuda. Aunque a regañadientes, ha aceptado la petición del profesor Oshima de acompañarnos durante varias jornadas río arriba. Hasta ahora sólo hemos hablado en un par de ocasiones, y en ambas se ha dedicado a criticar la proverbial vagancia de los nativos; como no sabe una palabra de japonés, y yo desconozco por completo tanto el francés como el español, hemos tenido que comunicarnos en una extraña mezcla de mekeo e inglés (que él apenas chapurrea).

Hablaré de Izumi. ¿Estoy enamorado de ella? No sabría decirlo con certeza. En todo caso, es una mujer demasiado atractiva para dejar indiferente a nadie. Si bien yo trato de comportarme en su presencia como si fuese otro

miembro cualquiera del grupo, Kaku y Shimazaki, menos discretos, no se recatan en dejar caer comentarios bastante explícitos sobre su anatomía, y hasta he sorprendido al propio profesor mirándola de reojo en varias ocasiones. Tal vez ni siquiera el misionero español sea ajeno a sus encantos: esta tarde, sus ojos no se apartaban de sus nalgas cada vez que ella le adelantaba.

Baru, el guía nativo, ha pescado varios ejemplares de un pez llamado aifa, parecido al salmón pero algo más grande: una cena deliciosa tras varios días a base de comida enlatada. Sentados alrededor del fuego, el padre Cubaló –Oshima le servía de intérprete– ha relatado todo cuanto sabe acerca de los hamulai, que tampoco es demasiado. Viven en un valle escondido entre los macizos del interior, alrededor de una laguna donde han edificado sus palafitos. Él tan sólo llegó una vez hasta allí, hará diecisiete años. Afirma que, racialmente, difieren bastante de los mekeos. Cuando Kaku le ha preguntado si eran caníbales, el sacerdote se ha limitado a responder que son «demasiado primitivos», incluso para la media de lo que se estila en la isla. Los propios mekeos consideran a los hamulai poco más que animales.

Mientras traducía sus palabras al japonés, el profesor Oshima se frotaba las manos. Yo mismo he llegado a olvidarme de las incomodidades del viaje, excitado ante la idea de llevar a cabo nuestro estudio sobre los hamulai.

18 de febrero

Era temprano cuando me han despertado los gritos de Baru (su nombre quiere decir «viento»), y me he dirigido inmediatamente al lugar de donde provenían: la orilla del

río. Entendí que alertaba del peligro de cocodrilos (uala) en el agua. ¿A quién iban dirigidos sus gritos? Ni más ni menos que a Izumi. Lo que vi a continuación me dejó sin aliento: ella sólo llevaba puesta la ropa interior y, a causa del sudor, sus pezones y su pubis se transparentaban. Me sentí tan azorado que rió al ver mi expresión. Cuando llegaron los demás ya se había puesto la ropa y actuaba como si nada. El profesor la reprendió en tono paternalista, pero ella se limitó a responderle que Baru exageraba el peligro, ya que no hemos visto un solo cocodrilo desde que el río dejó de ser navegable.

Al mediodía, el calor y la humedad hacían la atmósfera tan sofocante que hemos tenido que interrumpir la marcha para descansar bajo la sombra de un gran árbol del pan. Cuballó, hombre de pocas palabras, ha contado algunas cosas más sobre los hamulai que se había dejado en el tintero; no creo que anoche las olvidara, sino que, simplemente, se cansó de hablar. Me sentía tan angustiado a causa del bochorno que apenas le he prestado atención. Pensaba en que ahora es invierno en Osaka y en que, con toda probabilidad, las máquinas quitanieves habrán tenido que limpiar la carretera que sube a los templos de Koyasan. Es increíble que Japón y Nueva Guinea se encuentren en el mismo planeta.

No hemos empezado a caminar hasta que se ha ocultado el sol. En eso no somos distintos del resto de la fauna que puebla este lugar: los ruidos entre la maleza y el canto de los pájaros se han visto multiplicados una vez pasadas las horas de mayor calor. Hasta los mosquitos parecían estar esperando ese momento para abalanzarse sobre nosotros con nuevas energías. Diariamente tomamos una dosis de quinina, pero no sé si eso evitará que acabemos sucumbiendo a la malaria.

19 de febrero

Gran aguacero nada más emprender la marcha. Las sendas se han convertido en ríos de fango, y no creo que hayamos logrado avanzar más de seis o siete kilómetros en todo el día. El profesor Oshima se muestra muy contrariado por este imprevisto que, en realidad, no es tal: ya nos habían advertido en Veifa'a de que algo así ocurriría.

Hemos tenido suerte: gracias al respeto que inspira el padre Cuballó, los naturales de una aldea nos han dado cobijo en el interior de su ufu o casa comunal. No sólo hemos podido secar nuestra ropa, sino también deleitarnos con un guiso del país a base de taros, boniatos y alguna especie de pescado que contenía –he ahí lo malo– muchísimas espinas: una se me quedó atravesada en la garganta y, por un instante, debí de ponerme morado, o pálido (no podía verme a mí mismo). Izumi me miró alarmada. Logré hacer bajar la espina engullendo un boniato que ella misma me tendió. Durante unos instantes llegué a pensar que moriría en este lugar, de modo tan absurdo y tan lejos de casa, y el sentimiento que experimenté no fue de miedo o de tristeza, sino de pura y simple rabia.

El profesor Oshima ha tratado de recabar información sobre los hamulai. Por lo que he podido deducir, estos aldeanos no sienten ningún respeto o temor hacia ellos. Más bien al contrario: hacen bromas a costa de su bestialidad y ríen a grandes carcajadas (aunque su sentido del humor se me escapa por completo).

Esta tarde, Izumi me ha preguntado qué estaba escribiendo. Le he dicho que un diario, y ha querido saber si decía algo sobre ella en él. No he podido evitar sonrojarme mientras le respondía que sí. Ha sonreído.

Al caer la noche he conseguido establecer contacto por

radio con mi hermano Kisaburo. Me ha dicho que el Fujisan está cubierto de nieve y que en Osaka luce un espléndido sol invernal.

21 de febrero

El día de ayer fue agotador: aunque ya no llovía, fue penosísimo caminar por el lodo. Al caer la noche no me sentí con fuerzas para consignar nada en este diario. Sin embargo, esta mañana ha ocurrido un hecho importante: hemos visto por primera vez a un hamulai. El padre Cuballó se mostró sorprendido: afirmó que nos hallamos demasiado lejos de su valle y que es raro que se aventuren en tierra extraña. Desechó la idea de que se tratara de un centinela: los hamulai no temen a nadie, porque su vida es tan miserable que nadie podría tener intención de invadirlos. Apenas pude discernir sus rasgos: la humedad empañaba mis gafas y se hallaba demasiado lejos, pero la impresión que me causó fue la de un gran simio. Completamente desnudo, se fundió con la espesura nada más vernos.

Ahora, mientras trato de dormir, Shimazaki y Kaku juegan al ajedrez, y el humo de sus cigarrillos se eleva por encima de los árboles dibujando formas fantasmagóricas. No sé de dónde sacan las fuerzas. El profesor Oshima y el padre Cuballó conversan, pero no logro comprender sus palabras. Baru duerme con la inocencia y la despreocupación de los salvajes. Izumi está tumbada de espaldas a mí: no consigo ver si tiene o no los ojos cerrados. Recuerdo la cara que puso anteayer, cuando me atraganté con la espina de pescado. Me pareció que yo no le era en absoluto indiferente.

22 de febrero

Fuerte dolor de estómago y algo de calentura. Me he sentido morir, pero he hecho lo imposible por resistir y no retrasar la marcha del grupo, aunque por momentos me ha faltado poco para desplomarme. Tampoco quería mostrarme débil ante Izumi. Confío en que el sueño me permita recuperarme.

23 de febrero

Al fin hemos sobrepasado el circo de montañas, que ayer mismo parecía infranqueable. En este lugar la humedad del ambiente ha descendido notablemente y el aire es mucho más respirable. No sé si será ése el motivo por el que me encuentro bastante mejor.

El padre Cuballó nos ha indicado cómo llegar hasta la aldea de los hamulai: dos días de camino, todo lo más. Su intención era regresar a Veifa'a para reanudar su labor pastoral, pero el profesor Oshima ha conseguido convencerle de que nos acompañe hasta el final. Parece que Cuballó, tras su experiencia con los hamulai hace diecisiete años, renunció a toda posibilidad de evangelizarlos; incluso llegó a preguntarse si, de hacerlo, no hubiese cometido blasfemia, puesto que su adscripción al género humano le parece más que dudosa.

Izumi ha dejado caer esta tarde una serie de insinuaciones que me dan a entender que ha estado husmeando en mi diario. Quizá lo leyó anoche, mientras yo deliraba a causa de la fiebre. En todo caso, ha sido una forma indirecta de que supiese lo que pienso de ella, y no parece que le haya disgustado.

Hemos acampado cerca de una cumbre, a resguardo de los vientos. ¡Nunca creí que pudiera pasar frío aquí!

24 de febrero

Si me cupiese alguna duda de que Izumi se siente atraída por mí, no tendría más que mirar la expresión de envidia que asoma a las caras de Kaku, Shimazaki y el propio profesor. Mientras caminamos, ella me hace preguntas continuamente, y hasta mis comentarios más insulsos le resultan graciosos. Sin embargo, prefiero mantener cierta distancia; al menos, en presencia de los demás.

Pese a lo que he escrito a mediodía, esta noche nos hemos besado. Siento como si estuviera subido en una nube. Ni siquiera echo de menos Osaka: el paraíso está aquí y se llama Izumi.

25 de febrero

Al fin, la aldea de los hamulai. La primera impresión fue de miseria absoluta: los palafitos de que hablaba el padre Cuballó son destartaladas cabañas montadas sobre pilotes de bambú que parecen extremadamente inestables, y que amenazan con hundirse en la laguna de un momento a otro. En cuanto a los propios hamulai, son tan primitivos como habíamos oído decir, pero no me atrevería a negarles su condición de seres humanos. A diferencia de los mekeos y, en general, de todos los habitantes de Papúa-Nueva Guinea, no son del tipo polinesio, sino melanesio; es decir, más parecidos a los aborígenes australianos: arcos superciliares pronunciados, nariz chata y aplastada, cabello

crespo, piel oscura. Como ha señalado el profesor Oshima, esto constituye una circunstancia excepcional: seguramente provienen de una migración muy antigua, la que tuvo lugar hace unos 30.000 años, cuando la isla estaba unida por tierra al continente. Las posteriores invasiones polinesias, ocurridas hace apenas 5.000 años, los relegaron a este reducto perdido en las montañas. Constituyen, pues, un verdadero tesoro antropológico.

No es fácil habituarse a su presencia. Van completamente desnudos, y ni siquiera las mujeres llevan esos faldellines habituales en toda la zona. Exhalan un formidable olor a pescado y untan su cuerpo con una mezcla de hollín y aceite de coco que, al parecer, actúa de repelente contra los mosquitos. La primera vez que se les oye hablar parece como si imitaran los ladridos de un perro. Sin embargo, Baru y el propio padre Cuballó han sabido identificar algunas de las palabras que emplean, ya que son comunes –por más que se hallen muy corrompidas– al lenguaje de los mekeos. Quizá las tomaron prestadas de ellos en una época en que hubo comercio entre ambas razas.

Su jefe, que no pasará de los treinta años, se llama Omu y tiene una aparatosa cicatriz en la cara producida por el ataque de un casuario. Nada más ver a Cuballó le tiró de la barba en señal de que lo reconocía. El sacerdote se mostró sorprendido: afirmó que el tal Omu tenía exactamente el mismo aspecto con que lo recordaba de su visita anterior, diecisiete años atrás. «Parece que el tiempo no haya pasado por él», dijo. Como Oshima observó que quizá se confundía de persona, Cuballó respondió que aquella cicatriz lo hacía inconfundible.

Esta noche nos han agasajado con una fiesta en señal de bienvenida, aunque danzaban de un modo tan frenético e intimidatorio y daban tales gritos que, de no ser por

las palabras tranquilizadoras del español, hubiese creído que iban a masacrarnos. Ahora nos hallamos alojados en una especie de ufu. El más mínimo movimiento hace balancearse la débil estructura, y apenas nos atrevemos a cambiar de posición mientras dormimos, no sea que terminemos en el fondo de la laguna; sobre todo, porque nuestros equipos se echarían a perder y todo este viaje habría sido en vano.

26 de febrero

Nunca había visto tan exultante al profesor Oshima. Parece que no quiere desperdiciar un solo segundo de nuestra estancia aquí, ya que antes de tres semanas tenemos que hallarnos de vuelta en Osaka. Nos hizo levantar cuando aún estaba oscuro y nos puso a trabajar. Pretende que ya desde el primer día nos hagamos con los rudimentos del idioma hamulai, y hasta puede que lo consiga: a Shimazaki le encargó un listado de animales y plantas; a Izumi, todas las formas de designar los estados de ánimo, y así sucesivamente. Yo me he ocupado de los parentescos y otras formas de relación social. A lo largo del día hemos grabado y transcrito fonéticamente al menos trescientas palabras, y Oshima quiere que las memoricemos esta misma noche. Un día agotador, pero todos estamos muy ilusionados.

27 de febrero

No he tenido apenas tiempo para estar a solas con Izumi, salvo este mediodía. Hacía un calor infernal e insistió

en que nos bañáramos en la laguna. Las aguas son bastante turbias en las inmediaciones de la aldea (los nativos orinan y defecan en ellas), pero no así en la parte nordeste, que recibe directamente el aporte de las montañas. Nos besamos junto a la orilla, pero cuando ella se desnudó y se zambulló en el agua, me negué a seguirla. Una vez que salió, la ayudé a secarse y rió de buena gana al ver cómo abultaba mi pantalón.

Cerca de allí encontramos a un grupo de chiquillos, reunidos en torno a una hoguera, que asaban una especie de carpas. Nos animaron a probarlas. Izumi accedió, ya que el baño le había despertado el apetito, y terminó dejando tan sólo las raspas. Por mi parte, y dada mi traumática experiencia anterior, preferí declinar la invitación.

Hemos pasado toda la tarde hablando con los hamulai, a quienes parece hacerle mucha gracia nuestro interés por ellos. Los cartones de cigarrillos que llevan consigo Kaku y Shimazaki han resultado ser providenciales, ya que los nativos le han cogido gusto al tabaco y, a cambio de un cigarrillo, pueden hablar sin parar durante horas. El problema es que Kaku y Shimazaki son fumadores empedernidos y se han visto obligados a racionar sus provisiones. El profesor les ha prohibido fumar más de tres cigarrillos al día, aunque ya les he visto encenderse varios a escondidas.

Esta noche no dejo de pensar en hacer el amor con Izumi. Sin embargo, sería una locura: no sólo tendríamos por público a todos nuestros compañeros, sino que, a poco que nos dejáramos llevar por la pasión, el dichoso ufu podría venirse abajo.

4 de marzo

Varios días sin tomar notas en este diario. Si bien he logrado familiarizarme dentro de lo posible con el lenguaje de los hamulai, aún no he llegado a sentirme cómodo en su presencia. ¿Cómo habituarse a que un tipo se esté manoseando el pene tranquilamente mientras habla contigo, o a que una mujer se abra de piernas y te muestre sus labios vaginales con una ausencia absoluta de pudor? Entre sus características más destacables se halla, sin duda, esa falta de inhibición: copulan a la vista de todos, según les asalta el impulso sexual, y los demás ni se inmutan. En cierto modo, les envidio.

Izumi se ha sentido indispuesta a mediodía y se ha recogido en el ufu, de donde no ha salido en toda la tarde. Le he llevado un ramo de flores amarillas que crecen junto a la laguna, pero me he negado a permitirle hacer lo que pretendía: leer mi diario.

6 de marzo

Décimo día entre los hamulai. Entre grabaciones magnetofónicas, rollos de película, fotografías y anotaciones hemos recopilado ya material suficiente para trabajar durante varios años. Kaku pretende montar un documental y ofrecérselo a National Geographic. El profesor Oshima, sin embargo, parece algo decepcionado: afirma que la sociedad de los hamulai está muy poco evolucionada, por lo que apenas ha desarrollado ritos dignos de interés. Son animistas y temen a los espíritus de los muertos, pero en eso no difieren de las restantes tribus de la zona. Tampoco hemos podido certificar si practican o no la antropo-

fagia: no ha tenido lugar un solo fallecimiento durante nuestra estancia aquí, y los nativos se muestran bastante esquivos respecto a este particular, como si intuyeran que, para nuestra cultura, constituye una costumbre repudiable. Supongo que Oshima esperaba obtener alguna gran revelación, algo que revolucionara los estudios de antropología y catapultara nuestro (su) nombre hacia la gloria. Creo que, en alguna medida, todos esperábamos eso.

Desde que hace unos días se sintió indispuesta, Izumi ha venido empeorando: la fiebre le ha subido y su vientre se ha hinchado. Ni la quinina ni la penicilina han surtido efecto alguno. El propio padre Cuballó se siente desconcertado ante estos síntomas, que no había observado antes. Para descubrir por qué ella ha caído enferma y nosotros no, ha tratado de reconstruir todo cuanto ha hecho fuera de lo habitual a lo largo de los últimos días. He recordado entonces que, hace una semana, comió pescado semicrudo preparado por los nativos.

Oshima se muestra muy contrariado: teme que este revés nos obligue a regresar antes de lo previsto a Veifa'a, cuando aún tiene la esperanza de dar con algún hallazgo sorprendente. He pasado toda la tarde junto a Izumi. Delira, pero cuando la he llamado «amor mío» me ha apretado con fuerza la mano.

7 de marzo

Hoy es un día feliz: Izumi se ha recuperado por completo. Ha ocurrido de la manera más inesperada: me hallaba a solas con ella, en el ufu, cuando una de las esposas de Omu nos visitó. Al descubrir el estado en que se en-

contraba, la mujer —de aspecto decididamente simiescos— nos echó en cara que no la hubiésemos avisado antes. Se marchó furiosa, para regresar al cabo con un ramo de flores amarillas idénticas a las que yo había recogido días atrás. Machacó las flores con un mortero de piedra —el ufu se sacudía a cada golpe— e hizo una pasta añadiéndole su propia saliva. Aunque al principio me opuse a que le diera tan repugnante brebaje, su insistencia y el pésimo aspecto de Izumi me hicieron pensar que no se perdía nada con probar.

Fue una decisión afortunada, porque, tan sólo media hora después, Izumi había recuperado por completo la viveza de su expresión y manifestaba su deseo de abandonar el ufu. Ha sido uno de los mejores días de mi vida. Hemos estado toda la tarde paseando a solas por las inmediaciones, disfrutando del paisaje.

Esta noche, el padre Cuballó ha aparecido en el ufu con un pez idéntico al que se comió Izumi y lo ha destripado ante nosotros. En su interior pululaban unos diminutos gusanos blanquecinos, de un centímetro o menos de longitud, poco más gruesos que un sedal. Según su opinión, se trata de un nematodo parásito que tiene como huésped intermediario a ese pez, pero que, posteriormente, pasa al hombre: Izumi resultó infectada al comerlo, y probablemente aún aloje larvas en su organismo. El sacerdote ha explicado también que esa planta de flores amarillas, a la que los hamulai llaman eletu, es utilizada por ellos desde tiempo inmemorial para combatir los síntomas de la parasitosis.